

ARZOBISPO
Braulio Rodríguez Plaza
Carta semanal

Algo muy personal

15 de marzo de 2009

En numerosas ocasiones, cuando contemplamos el panorama de la falta de vocaciones para el ministerio sacerdotal que necesitan las comunidades cristianas en nuestra Diócesis, surgen personas que quieren ofrecer lógicamente sus soluciones: los curas deberían ser casados; los laicos deben implicarse más y hacer *más cosas* en la parroquia; habría que ordenar a *varones probados* ya casados. También se apunta, como solución, que las mujeres pudieran acceder al ministerio ordenado como hacen los cristianos anglicanos y otras iglesias salidas de la Reforma. Hay que reconocer que hay preocupación por este problema, sin duda.

Pero siento en mi interior que no está en reflexiones/soluciones como éstas la manera adecuada de abordar el tema, en el que, además, se mezclan con frecuencia muchas cosas. Yo leo la Escritura y en ella aparece una contemplación del ser humano, hombre y mujer, muy concreta, pues tenemos una originalidad: cada uno de nosotros es único, y el misterio de la identidad personal es clave de comprensión. Y esa identidad personal, además, no puede entenderse sin una llamada que Dios hace a cada uno para una misión personal.

Los relatos vocacionales del Antiguo Testamento subrayan que, cuando llama a individuos concretos, Dios los habla porque les encomienda una misión: Ese es el caso de Moisés (Ex 3,1-4), Gedeón (Jc 6,1-6.11-24), Samuel (1S 3,1-4,11), Jeremías (Jr 1,1-10), Isaías (Is 6,1-13). Son relatos impresionantes, pues tienen además que ver con el desarrollo histórico de Israel, el Pueblo de Dios. Se trata de un *Tú*